

Por la autora de
Mujeres que compran flores

VANESSA MONTFORT

LA
MUJER
SIN
NOMBRE

La extraordinaria historia de la mujer que escribió en la sombra
algunas de las obras más importantes del siglo XX

La extraordinaria historia de la mujer que escribió en la sombra algunas de las obras más importantes del siglo xx.

Una traición, dos guerras y el exilio más largo: el de la memoria.

Una emocionante novela sobre el amor, la creación y la supervivencia.

La fascinante aventura de una mujer silenciada por la historia oficial... hasta ahora.

Cuando a la directora teatral Noelia Cid le encargan estrenar *Sortilegio*, la obra perdida del reputado dramaturgo Gregorio Martínez Sierra, decide informarse sobre ella a través de los documentos que conservó su mujer, María Lejárraga. Sin embargo, mediante su investigación Noelia no solo se sumerge en la compleja relación amorosa entre María y Gregorio, sino que va a encontrarse con un misterio que lleva más de un siglo sin resolver.

Se verá entonces arrastrada por la vida llena de pasión, arte y feminismo de María, alguien que luchó contra viento y marea por ejercer su vocación y que vivió en primera línea los grandes hitos del siglo pasado: el Madrid literario de los años veinte, el París de la Belle Époque, la lucha política de las mujeres durante la Segunda República, el exilio tras la Guerra Civil, la ocupación de Francia por los nazis o el *glamour*? de la época dorada de Hollywood. Además descubriremos la versión más humana de las grandes personalidades que fueron sus amigos y colaboradores, como Juan Ramón Jiménez, Manuel de Falla o Federico García Lorca.

*A mis dos abuelas, Agustina y Goya,
para que nunca olvidemos sus nombres*

A María Lejárraga, in memoriam

No ando lejos de pensar que la muerte es un descanso temporal del espíritu. Pero ahí está el enigma: ¿cuánto tiempo necesitará el alma para descansar de una vida?

MARÍA LEJÁRRAGA,
Gregorio y yo, 1949

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN EN EL PASADO

María Lejárraga

La mujer sin nombre que sin embargo tuvo demasiados. El mayor misterio de la literatura española.

Gregorio Martínez Sierra

El exitoso director de escena que anhelaba ser autor. Marido de la protagonista.

Juan Ramón Jiménez

El melancólico premio Nobel de Literatura y «amigo perfecto» de María.

Jacinto Benavente

El gran dramaturgo de lengua afilada como un rejón y mentor de Gregorio Martínez Sierra.

El Caballero Audaz (José María Carretero)

El prolífico y temido periodista, tan peligroso con la pluma como con la espada.

Ramón María del Valle-Inclán

El polémico escritor de personajes deformados por los espejos del viejo Madrid con forma de ciprés y voz de tormenta.

María Guerrero

La primera empresaria teatral española y gran actriz, apodada «la Brava», entre otras cosas, por su genio durante los ensayos.

Fernando Díaz de Mendoza

El conde que soñó con ser actor, a cuyos hijos daba su nombre y no siempre su apellido. Marido de María «la Brava».

Benito Pérez Galdós

«El escritor de las mujeres», enamorado de Madrid y padrino literario de la protagonista.

Manuel de Falla

El compositor sísmico capaz de embrujar al fuego y amigo «imperfecto» de la protagonista.

Joaquín Turina

El único hombre que fue capaz de convertir en sonata la risa de la protagonista.

Catalina Bárcena

La gran diva que elevó la ingenuidad a la categoría de arte, el tercer vértice del triángulo y segunda pareja de Gregorio Martínez Sierra.

Zenobia Camprubí

La brillante traductora que dedicó su vida a transcribir la tristeza de su marido, Juan Ramón Jiménez.

José María Usandizaga

El Mozart español que echó a volar como sus «golondrinas». Colaborador de la protagonista.

Federico García Lorca

Estrella fugaz y poeta del amor oscuro con alma de dramaturgo. Colaborador de Gregorio Martínez Sie-

rra y María Lejárraga.

George Portnoff

El agente de María en Nueva York, además de su profesor de ruso y en el noble arte de beber vodka.

Collice Portnoff

La perspicaz traductora de María Lejárraga y esposa de George Portnoff.

Katia Martínez Bárcena «Catalinita»

La devota única hija de Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra.

Fernando de los Ríos

El catedrático amigo de los campesinos, azote de los caciques y «padre del socialismo de guante blanco». Mentor político de María.

Patricia O'Connor

La primera y tenaz investigadora que halló el rastro de la mujer sin nombre.

Margarita Gil Roësset, «Marga Gil»

La joven y prodigiosa escultora que destruyó su obra por amor.

María Lacrampe

La ahijada política de la protagonista, con una lealtad a prueba de fronteras.

Matilde de la Torre

La política íntegra con voz de violonchelo que nunca se daba por vencida. Amiga más fiel de María.

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN EN EL PRESENTE

Alda Blanco

La investigadora capaz de seguir los pasos de las mujeres atrapadas en el exilio de la memoria.

Noelia Cid

La apasionada directora de escena y actriz, metida a Sherlock Holmes.

Lola

La entregada e impresionable ayudante de dirección de Noelia. Su «Watson».

Augusto

El vehemente y atractivo actor que admira a Gregorio Martínez Sierra.

Francisco

El escrupuloso músico vocacional reconvertido en actor y amante de los folletines.

Leonardo

El joven talento de la interpretación y ardiente defensor de María Lejárraga.

Cecilia

La actriz e impulsiva twittera de causas feministas.

Regino Vals

El siempre enigmático maestro y padrino teatral de Noelia Cid.

Celso Rivera

El productor al que le gusta empezar las conversaciones *in medias res* e insultar en el desenlace.

Imanol Yanes

El desgarbado periodista con opacas intenciones que siempre va dos pasos por delante.

Antonio González Lejárraga

El sobrino nieto de María, guardián de su legado y adorador de Tintín.

Margarita Lejárraga

La bella centenaria, ahijada de María y cómplice de su secreto.

Leandro Lejárraga

El médico de los pobres y padre de la protagonista.

Natividad García-Garay

La madre de María. Su maestra intelectual y en poner los sueños un poquito por encima de las realidades.

María Teresa Lejárraga

La madre de Antonio y sobrina de María. Cronista de la familia con voz de hada.

Alejandro Lejárraga

El hermano de la protagonista y sus ojos durante el exilio.

Y COMO ESTRELLAS INVITADAS

Pablo Picasso, José Echegaray, Isaac Albéniz, Victor Hugo, Eduardo Marquina, Claude Debussy, Maurice Ravel, Colette, Isadora Duncan, Sarah Bernhardt, José María Pemán, Francisco Franco, Adolf Hitler, Margaretha Zelle «Mata Hari», Pastora Imperio, Salvador Dalí, Luis Buñuel, Rafael Alberti, Ígor Stravinski, Serguéi Diághilev, Léonide Massine, Carmen de Burgos «Colombine», Victoria Kent, Margarita Nelken, María Teresa León, Clara Campoamor, Elena Fortún, María de Maeztu, Dolores Ibárruri «Pasionaria», Charles Chaplin, Maurice Chevalier, Charles Laughton, Martha Gellhorn, Ernest Hemingway, Robert Capa, Gerda Taro, John Dos Passos, Malraux, Saint-Exupéry, el coronel Perón, Eva Perón «Evita» y Walt Disney.

BANDA SONORA

LA MUJER SIN NOMBRE (disponible en Spotify) es la lista en la que aparecen todas las obras musicales mencionadas en la novela, además de aquellos temas que han servido a la autora de inspiración durante su escritura.

PRIMER ACTO

1

Buenos Aires, otoño de 2018

Solo marco las horas serenas.

Hasta donde pudo leer en latín eso decía el reloj de sol en la inscripción tallada sobre la piedra: *Nisi serenas*.

Se protegió los ojos con la mano y sacó una foto. Alda Blanco no investigaba lenguas muertas sino personas o más bien sus rastros a través del tiempo, y el de aquella mujer le había llevado hasta el barrio de San Telmo, esta vez, para despedirse. Porque sabía que ese siempre fue su lema. Así lo había dejado escrito en sus memorias: «Una vez, en un olvidado jardín del mundo, vi un reloj de sol que decía: solo marco las horas serenas, esa ha sido la divisa de mi vida». Por eso, cuando Alda encontró ese reloj casi escondido en un parque olvidado de Buenos Aires se le aceleró el pulso y supo que tuvo que ser ese reloj. Porque a «ella» le gustaban los jardines, porque vivió sus últimos años muy cerca de allí y porque ya la conocía demasiado.

Lo observó detenidamente: la escultura de Diana, diosa de la luna y la naturaleza, se rendía ahora a ella dejando que un vestido de hiedras pudorosas cubriera su desnudo. Con una mano, como su observadora, se protegía del sol los ojos pétreos, y con la sombra de su dedo índice señalaba perezosa la hora que marcaba el astro macho.

Un rayo intransigente cayó sobre las doce del mediodía.
Hora de despedirse.

Alda cazó con su móvil la estampa de nuevo, aunque no recogió el griterío de los niños en los columpios oxidados, ni el tibio olor a lavanda de la tarde, y se dispuso a continuar su ritual. Dejó atrás el oasis del parque y se perdió por

el laberinto de calles de San Telmo con su naturaleza opuesta a la serenidad, imaginando que caminaba junto a su investigada a través del tiempo.

Este es nuestro último paseo juntas, le anunció. Y por eso contempló nostálgica los mismos edificios que ella pasaría de largo tantas veces de camino a su hotel, claro que cuando los conociera, en los sesenta, conservarían todo su esplendor: las Galerías Pacífico, los almacenes Harrods, la plaza de Dorrego donde ya gemía un tango madrugador, destemplado, y olía a jugo de carne. Allí tomó un taxi.

—Al Cementerio de la Chacarita, si es tan amable —pronunció con una mezcla de erres yanquis y leve cantinela mejicana al fondo.

—A la orden —exclamó el conductor, delgado y eléctrico, al tiempo que soltaba una edición sobada de Amos Oz sobre el asiento del copiloto.

El hombre se ofreció a esperarla hasta que saliera, aquel no era lugar seguro para una extranjera, dijo, se quedaba todo desangelado y a esas horas no había más que chusma buscando robarle la guita a cualquiera. Luego improvisó un editorial sobre la situación política según pasaban de largo la Casa Rosada. Para él que la primera dama ya la habría hipotecado como el resto del país. Ya no había laburo ni para los barrenderos.

Los ojos irónicos de Alda buscaron los del taxista en el retrovisor:

—Se lo agradezco, pero prefiero que no me espere. Quizá tarde un rato. Aún tengo que consultar la ubicación de una lápida en el registro.

—¿En el registro? —resopló ajustándose el cinturón—. Allí no va a haber nadie, señora. Hay recortes. Y aquello es como otra Buenos Aires pero con habitantes menos habladores, qué se *sho...* es muy fácil perderse. ¿No habrá venido desde Nueva York solo para visitar la tumba de Gardel?

—No. —Rio.

—¡Obvio! —Dio un volantazo—. Tiene usted cara de mujer inteligente... Pero sí busca a alguien importante, ¿no es cierto?

Alda apoyó la frente sobre el cristal frío y salpicado de la ventanilla.

—Sí..., a un fantasma.

Se detuvo un momento ante el pequeño y arrogante partecón que le daba la bienvenida a esa ciudad de los muertos. Según pisó con sus zapatillas de deporte la arena sagrada intuyó que le esperaba una buena caminata entre las tumbas. No le vendría mal para bajar los alfajores que era incapaz de evitar en los desayunos, pensó la profesora, y se prometió que al volver a San Diego retomaría su dieta.

Pasó de largo la oficina del registro candada por fuera y se adentró por un primer pasillo al azar, donde las tumbas le parecieron más destartaladas y antiguas. Una larga avenida de sepulturas se perdió en el horizonte de luz de la tarde. Suspiró. Bueno, vamos allá... Con el bolso cruzado sobre la chaqueta verde comenzó la búsqueda. Un soplo inesperado de vida le sacudió el pelo cada vez más rubio con el que ocultaba sus canas. El sol de primavera se filtraba a través de las hojas de los árboles y describía curiosos mosaicos de luz sobre las avenidas de la muerte. Giró a la derecha. Un ejército de esculturas le dio la bienvenida con aire solemne. Esa debía de ser la zona de los mausoleos, pensó, pero tú no habrías buscado algo tan ostentoso, ¿verdad? Al fin y al cabo, le dejabas el muerto a tus sobrinos, nunca mejor dicho. Sonrió y, al hacerlo, saludó a Gardel, de pie sobre su tumba: el pelo rígido para siempre engominado, pose chulesca, la mano al bolsillo y un clavel rojo que alguien había incrustado entre sus dedos de mármol. No, definitivamente tú no habrías querido algo así, querida, siempre fuiste una mujer tan discreta..., murmuró Alda retomando su marcha, en todo caso una lápida sencii-

lla con alguna cita de Goethe o de Shakespeare, al fin y al cabo eran tus dioses.

Llegó a un cruce de caminos y se quedó en jarras. Pensándolo bien, podría haber pagado algo más que digno porque vivió en el hotel Lancaster mientras se valió por sí misma, reflexionó la investigadora..., pero estaría descuidada, porque sus sobrinos nietos vivían todos ya en España, así que desde 1974 no tendría flores y quizá le faltara alguna letra a su nombre.

Su nombre...

Pero ¿con cuál de ellos quisiste ser enterrada, querida?, la voz de Alda rebotó contra el silencio de las piedras. Con los dedos anillados del meñique hasta el pulgar como una de sus libretas, extrajo del bolso un film transparente con dos hojas de periódico a punto de desintegrarse. Se puso las gafas como pudo:

EN BUENOS AIRES, DONDE RESIDÍA, HA MUERTO MARÍA LEJÁRRAGA.

La esposa del gran comediógrafo Don Gregorio Martínez Sierra cumpliría cien años el próximo 28 de diciembre.
(*La Nación*)

Luego le dio la vuelta con cuidado y leyó la noticia de *ABC* fechada el mismo día del mismo año, en el apartado de informaciones teatrales:

MUERE EN BUENOS AIRES MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

Sus restos recibirán hoy cristiana sepultura en el Cementerio de la Chacarita.

Alda levantó los ojos al cielo y se retiró el flequillo latoso y húmedo de la frente: ya ves, María, ni siquiera el día que te fuiste se pusieron de acuerdo a uno y otro lado del charco en cómo llamarte. Se sentó sobre la piedra caliente y sintió una punzadita entre las costillas que le era conocida. Aspiró una bocanada de aire y comenzó su ritual:

—Bueno, querida mía, he creído importante venir hasta aquí para decírtelo. —Una pausa emocionada—. Yo no